



El Rosario – la oración predilecta de María

27



“El Rosario expresa la fe sin falsas complicaciones, sin evasiones, sin muchas palabras; nos ayuda a abandonarnos a la voluntad de Dios y a aprender la aceptación generosa del sufrimiento.”

—Juan Pablo I

Los tres fines del Rosario

El rezo del Rosario tiene 3 fines:

a) Es un ACTO DE AMOR:

Una manera de decirle a María, tu Madre del cielo, que le amas, le respetas, le agradeces que sea tu madre. Piensa que cada vez que rezas el Rosario le entregas a la Virgen un ramo de rosas.

b) Es un ACTO DE REPARACIÓN:

Es decir, un modo de reparar las ofensas que tú y los otros hombres han hecho a Dios.

Es como cuando ofendes a alguien que quieres mucho y después le envías una flor, un chocolate o un recado para hacerle sentir que te dolió ofenderle y que lo quieres mucho. Este acto es más bonito que simplemente pedir perdón.

c) Es un MEDIO DE APOSTOLADO:

Esto significa que a través de la oración tú puedes pedir a la Virgen que interceda a Dios por muchas cosas: por la Iglesia, los sacerdotes, el Papa, los enfermos, los que sufren; por la conversión de los pecadores, la unidad familiar, las guerras. Por todo aquello que quisieras ayudar a que fuera mejor. Es increíble que no necesites ir a ayudar, ¡Con tu oración puedes ayudar tanto!

“En todo tiempo, confía, pueblo mío en el Señor. Cuéntale todas tus angustias, porque él es nuestro refugio.”

(Salmo 62,8)

Un Hijo de Israel se convierte (II y última)

La vida entera de Herman Cohen, estuvo consagrada a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento del Altar y a la devoción mariana, especialmente en el apostolado del Escapulario de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Sería él quien establecería en París la Adoración nocturna que luego se propagará en toda Francia y en el extranjero.

Entró en la orden del Carmelo, el 6 de octubre de 1849, bajo el nombre de Padre Agustín María del Santísimo Sacramento. Aspiraba a tener una vida totalmente oculta en el Señor, pero sus Superiores le hicieron recorrer Europa, predicando. Fundó, entonces, en numerosos países, varios monasterios del Carmen y condujo a Dios a una gran cantidad de Judíos, protestantes e incrédulos. En 1868, por fin pudo retirarse a la “soledad.” Víctima de una grave enfermedad de los ojos, se marchó a Lourdes en peregrinación y sería el primer hijo de Israel a ser curado milagrosamente por la Santa Virgen.

Enviado como capellán de los prisioneros a Berlín, en 1871, contrajo la viruela y murió ahí víctima de su dedicación y de su inmensa caridad. Fue sepultado en Berlín, en la catedral de Santa Eduviges. Después de la guerra de 1940, su tumba fue adosada al “muro de la vergüenza” símbolo particularmente conmovedor. Muchísimas son hoy las almas que se sienten atraídas por ese gran místico del Carmelo.

Hoy, cuando la devoción a la Eucaristía y a María cae en la oscuridad, ¡el Padre Herman nos evoca su actualidad, tan real! El trajo especialmente a luz el papel de la Santísima Virgen en la Eucaristía. Haciéndonos comprender mejor el lazo entre Ella y la Eucaristía, él nos lleva también a comprender que abandonar a María es abandonar y perder el sentido de Cristo.

(Tomado de N. S. de los Tiempos Nuevos, n°I, 1973)

A la contemplación del rostro de Cristo sólo se llega escuchando, en el Espíritu, la voz del Padre, pues «nadie conoce bien al Hijo sino el Padre» (Mt 11,27). Cerca de Cesarea de Felipe, ante la confesión de Pedro, Jesús puntualiza de dónde proviene esta clara intuición sobre su identidad: «No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt 16,17). Así pues, es necesaria la revelación de lo alto. Pero, para acogerla, es indispensable ponerse a la escucha: «Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel misterio».

(Rosarium Virginis Mariae, n°18)